



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NEMESIO LAVILLA



De Asturias pinta el paisaje
con tal color y frescura,
que siente una mucha envidia
de los paisajes de Asturias.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, XIII, por Guillermo Perrin y Miguel de Palacios.—Para que te fies, por Eduardo Bastillo.—Dichas lánamas, por Jacinto O. Picón.—Los caramelos, por Juan Pérez Zúñiga.—Memorias de un muerto, por Sinésio Delgado.—La historia del canario, por Francisco de la Escalera.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Nemesio Lavilla.—Aleluyas del Centenario.—Anuncios, por Cilla.



El motin del Prado ha producido dos víctimas, el gobernador y el alcalde, y ha originado varios sustos de más ó menos consideración.

Muchas personas, ajenas á la política, que habían acudido al festival, vieron envueltas en la algarada, dejando sobre el terreno varias prendas de su uso.

La señora de López, que figuraba entre los concurrentes, perdió una zapatilla casi nueva y un bollo de leche que llevaba envuelto en un papel para tomar el chocolate; á un sujeto, amante de la música, que conducía de la mano á un hijo suyo de corta edad, le faltó el niño, que fué encontrado dos horas después en el pilón de la Cibeles, al lado de un sombrero de copa y unas enaguas. Estas prendas y otras muchas han sido recogidas por los representantes de la autoridad, y se supone que fueron abandonadas por sus dueños en el momento del peligro.

El motin fué espantoso: unos corrían lanzando voces «sangüinolentas», como dice un inspector de orden público; otros se abalanzaban sobre el tablado musical, destruyéndolo con sus propias uñas, y otros blandían garrotés tremendos con los cuales apagaban el alumbrado.

Las señoras se refugiaban en los portales prorrumpiendo en gritos de pavor, y una de ellas se introdujo en un café, arrojándose en brazos del fosforero y besándole en la frente.

—¡Sálveme usted, joven!—gritó la infeliz.

—¿Qué pasa?—preguntó él, asustado.

—No lo sé—replicó la señora, y se le desmayó encima.

Entonces se supo que aquella desgraciada era poetisa y natural de Buitrago, y que había venido á las fiestas con su esposo. Éste, presa del espanto, había huido en los primeros momentos, y sólo después de muchas gestiones se le encontró en la Viña P. cenando con una corista.

—¿Qué hace usted aquí?—le preguntaron, y él dijo:

—¿Qué quiere usted que haga? Cenar. Con motivo del motin he perdido á mi esposa, y no sabe usted cuánto se lo agradezco á Bosch y Fustegueras.

Pero no hubo escape, y el esposo fué reintegrado al hogar de la casa de Inéspeles, donde no cesa de decir á los compañeros en voz baja:

—¿Saben ustedes cuándo vuelve á haber motin? *

Estos días ha habido dos ó tres raptos amorosos, apesar del descenso de la temperatura.

Casi todas las chicas que se dejan raptar creen que van á residir en las márgenes del arroyuelo murmurador, comiendo de campo eternamente.

Halagadas con la esperanza de un mundo mejor, muchas señoritas dejan el prosaico cocido para lanzarse en pos de imaginarios manjares, y al fin concluyen por reconocer que no hay puchero más sabroso que el que se come en el hogar doméstico, sazonado con los prudentes consejos de un padre feo, pero bonrado, y con las discretas reflexiones de una madre obesa, pero cariñosa.

El romanticismo continúa haciendo estragos en muchas imaginaciones femeniles. Hay quien se casa enamorada, suponiendo que su esposo va á andar por el domicilio en traje de pastor gentil, con pantaloncito corto y sombrero de paja guarnecido de flores camperes; pero, realizado el matrimonio, observa con dolor que el que va á ser dulce compañero usa calzoncillos de bayeta y tiene un callo en el dedo gordo lo mismo que una patata frita.

—Manolo—dice la esposa tristemente,—tú no eres aquel joven enamorado que besaba la sencilla violeta con que yo engalanaba mi inocente pecho. Ahora observo con dolor que comes el tocino solo y que mojas pan en el caldo de la ensalada.

Y de este contraste entre la época de los amores contemplativos y la del matrimonio grosero surgen disensiones terribles, hasta que ella ve que no hay vida mejor que la de la prosa y se convence de que el garbanzo frito con cebolla es uno de los alimentos más agradables y económicos. Entonces comienza á reinar la calma en el domicilio, y la esposa no puede menos de decir mientras repasa unos calcetines:

—¿Te acuerdas, Manolo? ¿Te acuerdas de aquella noche que quise abrirme una vena porque vi que te untabas con sebo las narices para ahlandar un catarro? *

No todo lo que se publica contra el «osado errabundo», como ha llamado á Colón un congresista, merece la execración de las gentes.

En medio de la lluvia de *posuax*—vamos al decir—que ha caído sobre el infortunado genovés, hay producciones notables. Entre éstas figura en primer lugar *La epopeya de Colón*, que ha escrito D. J. Devolx, laureado con medalla de oro por la Academia Española.

Hé aquí uno de los poetas que se exhiben de tarde en tarde, por lo mismo que posee mérito indiscutible, ora como versificador fácil é inspirado, ora como hombre erudito y profundo conocedor de nuestro idioma.

En cambio hay una colección de *vates* que escriben todos los días para darnos martirio y para injuriar al descubridor del Nuevo Mundo con endecasílabos del tenor siguiente:

Tu ofato te guió á la nueva zona...

Que es un modo como otro cualquiera de llamarle perro. *

Se trata de un amigo y compañero de redacción, y está mal que yo le alabe, pero no puedo sustraerme al deseo de decir que Pérez Zúñiga ha publicado un libro precioso titulado *Guasa viva*, lleno de gracia y de dibujos, con un prólogo de Clarín y un epílogo de Luceño, á cual más ameno.

Hoy hablo yo de su libro; mañana hablará él de otro que yo publique, y así vamos viviendo todos en paz y armonia.

Y además promovemos la venta.

LUIS TABOADA.

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

XIII

Allá va nuestro sistema,
que es el tema
exigido á cada autor.
De este modo trabajamos
y cobramos
lo que quiere el editor:
Como somos comodones,
dos sillones
ocupamos *vis á vis*,
y nos cuestan nuestros planes
mil afaes,
porque no son de París.
Entramos de mil modos
casi todos
los asuntos, y hecho el plan,
nos besamos en la frente,
francamente,
sin temor *al qué dirán*.
Tras de aquestas alegrías,
en dos días
que escribimos con tesón,
colorín y colorado,
dialogado
y cosido y al cajón.

Casi nunca corregimos
ni pulimos,
porque así no hay que romper,
y enseguida á dar lectura,
porque apura
y no hay tiempo que perder.
Cuando ya está el decorado
preparado
y ensayada la obra está,
mil defectos claros vemos
y queremos
reformularla, pero... ¡ca!
¿Quién se atreve á reformularla
ni á tocarla,
si el estreno se anunció!
¿El estreno!... ¿Qué delirio!
¿Qué martirio!...
¿San Lorenzo no estrenó!
¿Que ha gustado y no fué grata?
Pues da *guita*
y la cosa marcha bien.
Una *erre* nos divide
ó decide
el que den ó el que no den (1),

(1) Dentro las obras.

Si algún otro luego paga,
se dobliga
nuestra humilde humanidad;
y al trimestre le esperamos
(pues cobramos
qué es una barbaridad)

En la forma que expusimos,
escribimos
nuestras obras... al señor.
Son del género ligero.
Dan dinero.
(Cobra *para* el editor.)

FERRÍN-PALACIOS.

PARA QUE TE FÍES

En la calle que llaman del Tribolete
halló Juan una chica del rockete,
amable, encantadora, dulce y sencilla,
á quien llamaban Luisa siempre inocilla
porque aquel rostro joven y alegre y rizo
reclamaba el gracioso diminutivo.

Cosé y cosí era lo que ella hacía
desde que en el oriente la luz surgía,
y así, cosía que cosía, cosía que cosía,
sin fatigar sus manos ni su garganta,
ni le falló el por *yo*, ni el de buen corte
traje con que lucía su alroso porte.

Cosía *para jaca*, si la llamaban
y, como merecía, se lo pagaban,
y, si en alguna ocasión se halló á su paso,
de lanchas de medio manca hizo caso,
temándole que, á los hombres que dar oídas,
le solara algún rito por sus cosidas.

Para Juan, un buen mozo de Andalucía,
escribiente muy listo de escribanía,
tras las escribanías prosaicas pliegos
dirigióle á Inésita sus dulces plegos
en carta en que Cupido no andaba tarde,
como las que á Eloísa mandó Abelardo.

Porque el buen Juan pensaba: «Como me quiera,
yo he de hacer que mi mujer la llame *acera*;
y no habrá quien me acuse de ser maestro
porque, con lo que escribo, gano el almuerzo,
y ella, cosé que cosé, como es tan buena,
me pondrá en los manteles la rica cena.»

Y ella, echando otras cuentas, con mucha prisa
el *no* le dió ante el cura tras una misa,
y se mostró muy dulce y enamorada,
pero, cantando siempre, no dió puntada,
y la ochó de señora y hasta en olvido
dejó la ropa blanca de su marido.

Y Juan, si tuvo almuerzo, si tuvo cena,
fué escribiendo á destajo, con mucha pena,
porque, fueran patatas, lomo ó tortilla,
era el mejor bocazo para Inésita.

—Tú, lector, que, soltero, de Juan te ríes,
ama á las costureras, mas ¡no te fíes!

EDUARDO BUSTILLO.

DICHAS HUMANAS

A la parte de Oriente, por cima de las arboledas del Retiro,
comienza á despuntar el día, desvaneciéndose y borrándose el
lucero del alba en una faja de luz pálida y blanquecina, que se
dilata y extiende poco á poco en el espacio.

Los faroles están apagados, los serenos se han ido, las buñe-
leras no han llegado, las tahonas están cerradas, las tabernas no
se han abierto, y un norte glacial barre las aceras, arremolinan-
do en los crucés de las calles las hojas secas, el polvo y los pa-
peles. Se oyen de cuando en cuando los pasos rápidos de al-
guien que ha trasnochado por necesidad ó por vicio; á lo lejos
suenan las campanadas de maitines en la torrecilla de un con-
vento, y tras las vallas de un solar convertido en corral lanza
un gallo su canto bravo y vigoroso, como si estuviera en el
campo.

De entre las sombras que van desvaneciéndose surgen las lí-
neas y la mole de una casa magnífica, casi un palacio, con jar-
dín á la inglesa, ancho portalón y verja de remates dorados. Dos
balcones del piso principal están interiormente iluminados por
un resplandor medio amarillento, medio rojizo, formado por las
llamas de la chimenea y la luz de una gran lámpara con enorme
pantalla de seda color de oro. Desde la calle no se ven más que
los huecos bañados en claridad misteriosa, los cristales de una
sola pieza y los visillos de muselina, en cuyos centros campean
cifras artísticas de letras entrelazadas.

La habitación es suntuosa. Hay en ella muebles soberbios,
telas rarísimas, cuadros con firmas de maestros, retratos admi-
rables, plantas exóticas criadas en la atmósfera tibia del inver-
nadero, jarrones japoneses decorados con cigüeñas de plata que
vuelan en paisajes fantásticos, alfombras en que los pies se hun-
den, y arañas de vidrios multicolores, donde centellean en tem-

blor irisado los reflejos de la chimenea. La riqueza y el buen
gusto parecen haber reunido allí todos los primores del lujo mo-
derno.

Sentado junto á un veladorcito, donde aún se ven el servicio
de té, todo de plata; dos barajas francesas y un sortijero lleno
de horquillas y pilseras, hay un hombre joven, de arrogante
figura, que está haciendo números con un lápiz en una cuar-
tilla de papel. Su entrecejo fruncido y su mirada triste denotan
intensa preocupación.

Cerca de él hay un sofá ancho y bajo, el asiento doble de las
confidencias íntimas, de los diálogos secretos, sobre el cual está
tirada una bata blanca adornada de encajes.

Tras esta habitación y sólo separada de ella por dos colum-
nas hay una alcoba donde duerme una mujer bellísima, medio
oculta por las colgaduras del lecho. Es la esposa del que está
haciendo números.

A intervalos desiguales turban el silencio la respiración fati-
gosa de la mujer dormida, el chisporroteo de las llamas y el
ruido que produce el hombre haciendo con el lápiz sumas y res-
tas en la cuartilla de papel.

Por una esquina de la que desemboca un mocetón descalzo,
cubierto de harapos asquerosos. Lleva á la espalda un saco, y
en la mano un palo, que tiene en la punta un largo clavo retor-
cido, con el cual, de cuando en cuando, revuelve los montonci-
llos de basura que hay formados ante las puertas junto á los
bordes de la acera. Otras veces se pone de rodillas, escarba con
las manos y va metiendo en el talego restos, desperdicios y so-
bras de mil cosas distintas. El creciente claror del día va dibu-
jando por instantes su figura. Es joven, robusto, ágil, pero re-
pugnante por lo sucio y lo feo. Tiene las prendas con que se
cubre destrozadas y llenas de remiendos, la gorra reluciente de
mugre, las manos guarnecidas por escamas de roña, los ojos le-
gafusos y el bigote quemado de apurar colillas; todo él es sebo-
so y hediondo. Sus compañeros le llaman Pachín el *Guarro*.

Al llegar frente á la casa lujosa, se sienta en la acera y co-
mienza á sacar algo de lo que ha recogido aquella noche, para
separar lo que haya de vender de lo que quiere guardar.

De pronto se oyen á lo lejos pasos de alguien que viene co-
rriendo, arrastrando en chancleta los zapatos, y por la esquina
inmediata aparece una chica de veinte años, feísima. Es cabe-
zorra, llana de cogote y algo bizca; tiene el pecho caído y volu-
minoso, como pasiega harta de criar, el rostro rojizo, el cuello
negruzco y el trozo de carne que pudiera ser nariz desformado
y torcido, como si guardase recuerdo de un tremendo puñetazo.
Trae puesta falda de percal que fué azul, por entre cuyos jiro-
nes, jamás cosidos, deja ver un refajo amarillo en sus buenos
tiempos, toquilla de estambre rosa convertida en pañuelo de ta-
lle, y á la cabeza otro pañuelo de seda verde, bajo el cual des-
bordan en mechones compactos y casposos los rizos negros, vir-
genes del peine. En la mano derecha lleva también un saco, y
en la izquierda una cesta que tiene, en vez de asa, un trozo de
soga retorcida: allí trae una jicara sin asa, un borlón de darse
polvos de arroz, un ojo de vidrio caído de un animalucho dise-
cado, una rueda de butaca y la tapa de una caja de dulces ador-
nada con un ramito de azahar artificial.

Aquella mujer es la *Mona*. Pachín el *Guarro* casi parece junto
á ella un señorito.

Al verla acercarse, dice él:

—¿Qué traes, paloma?

—Na: lana sucia, una jicara, tres latas chicas y dos peras po-
chas.

—Guárdalas *pa* madre. ¿Y papel?

—Como un par de kilos.

—¿Y tabaco?

—Eso sí, toma.

Y la *Mona* sacó de la cesta el fondo de una escupidera de
cristal, rota, con lo menos diez colillas de puro.

—¡Son habanas! —dijo sonriendo Pachín.

—Entonces *pa* tí, *pa* mezclar. ¿Y tú, qué has *pescao*?

—Mira.

El *Guarro* vació el talego, y sobre las losas de la acera queda-
ron desparramados cien objetos imposibles de definir. Allí había
de todo, reducido á nada: piezas de hierro con empleo descono-
cido, botones sin asa, escañas sin punta, hebillas sin pincho,
una regadera abollada, media petaca, un muelle de reloj, muchos
recortes de trapo, dos carretes sin hilo y una zapatilla grande,
vieja, de raso azul bordada de oro y con tacón Luis XV.

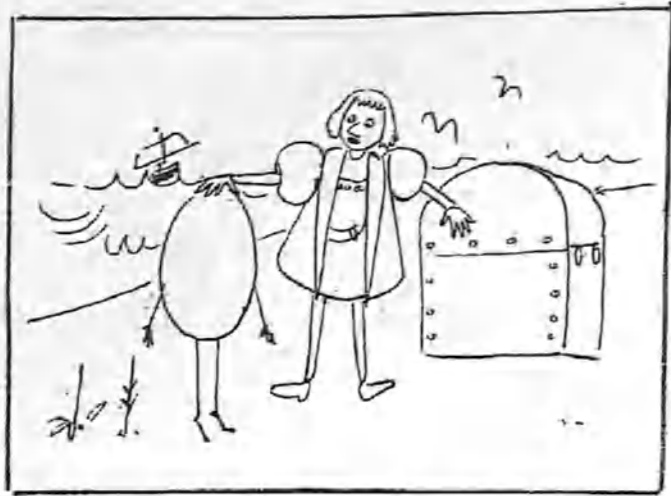
—¿Y la otra? —preguntó ella.

—No ha *parecio*; pero ¡mira!

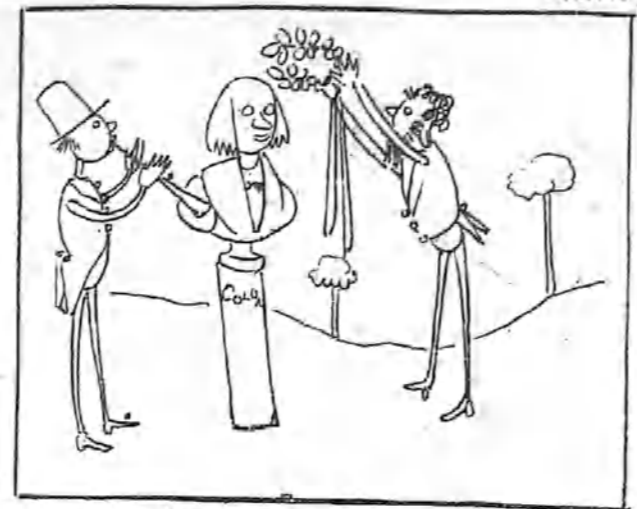
El *Guarro* sacó de la chaqueta, con aire de triunfo, media
cucharilla de plata.

ALELUYAS DEL CENTENARIO

(DIBUJADAS Y ESCRITAS POR UN NIÑO PEQUEÑO)



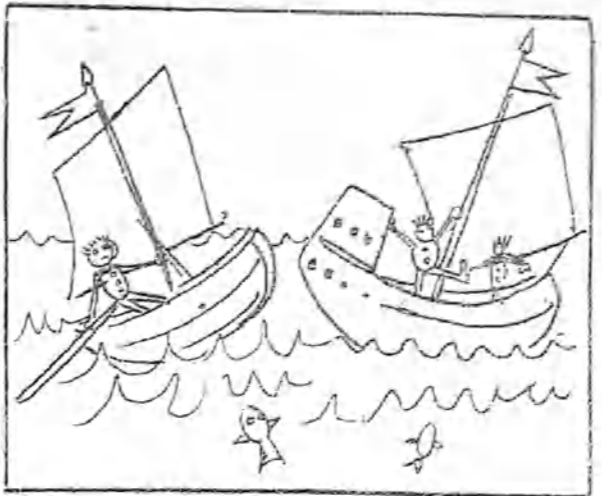
Colón halló un mundo nuevo
y puso de pie un huevo.



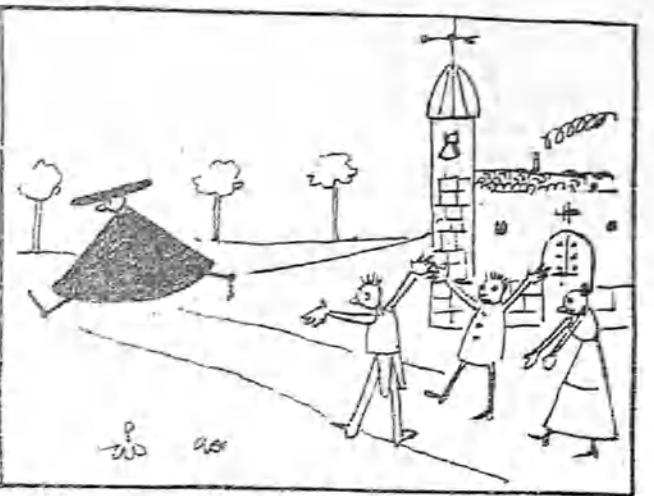
Por este éxito extraordinario
fué y se le hizo un centenario.



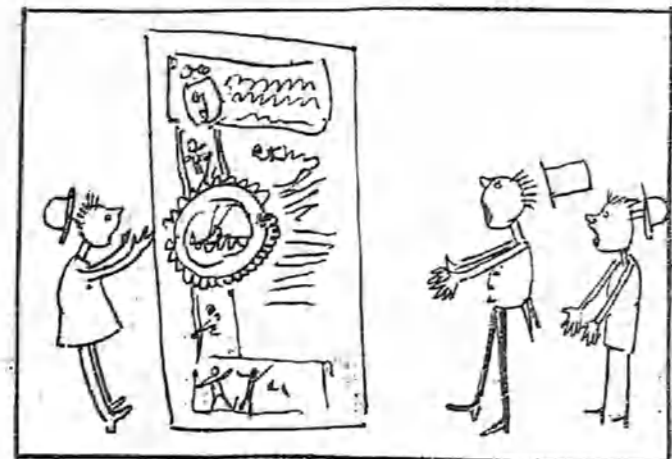
Empezaron los festejos
en Huelva, que está muy lejos.



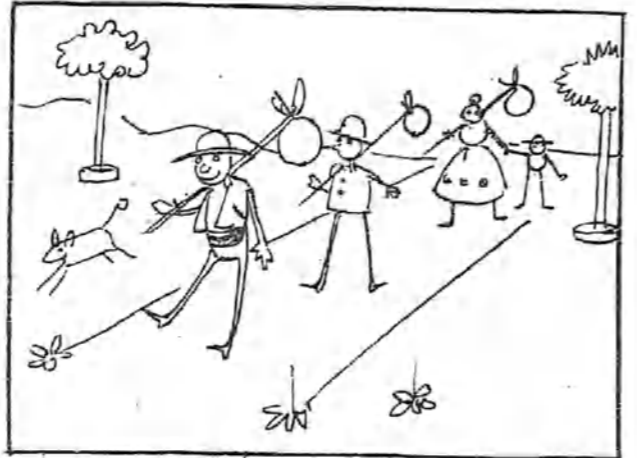
La carabela Santa María
tuvo en seguida una avería.



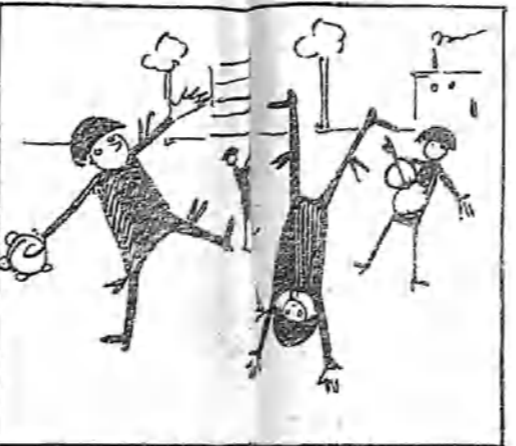
Y en Palos se me figura
que no dijo nada el cura.



Hizo aquí el Ayuntamiento
un cartel en un momento.



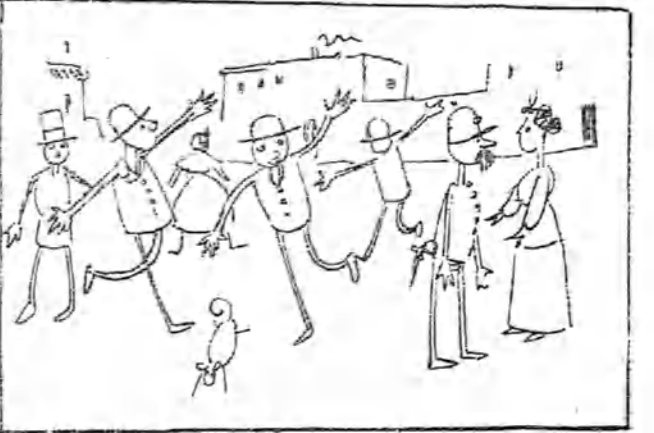
Y á Madrid pronto venían
todos los que lo llevan.



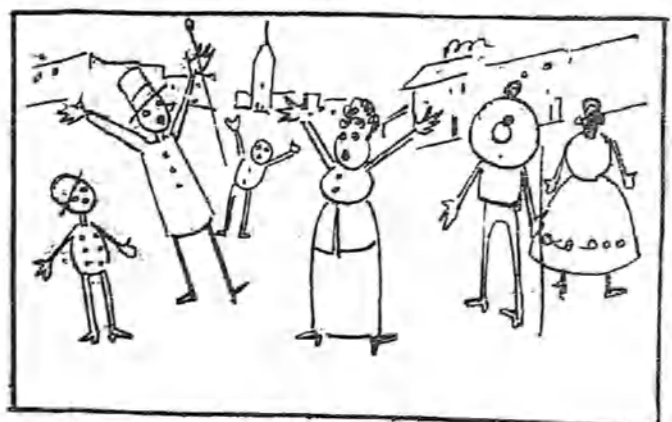
La procesion escolar
dejó mucho que deseñar.



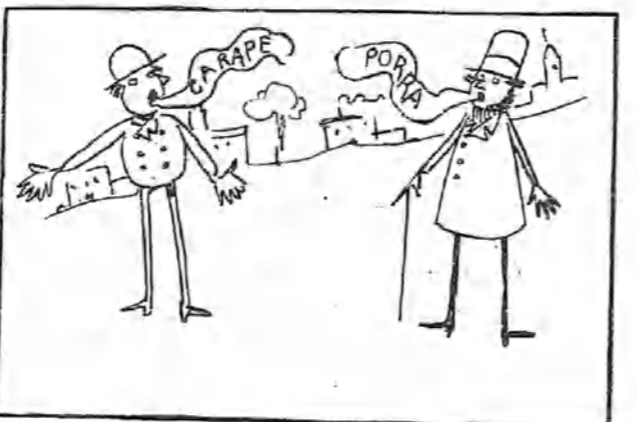
Los fuegos artificiales
fueron como los de Castro Urdiales.



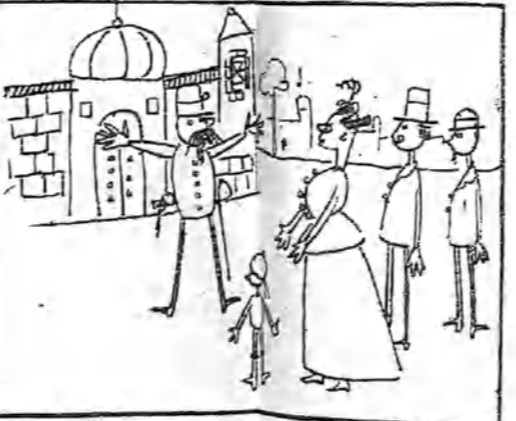
Como nadie dirigía
aquello era una algarabía.



Los forasteros tímido
estaban incomodados.



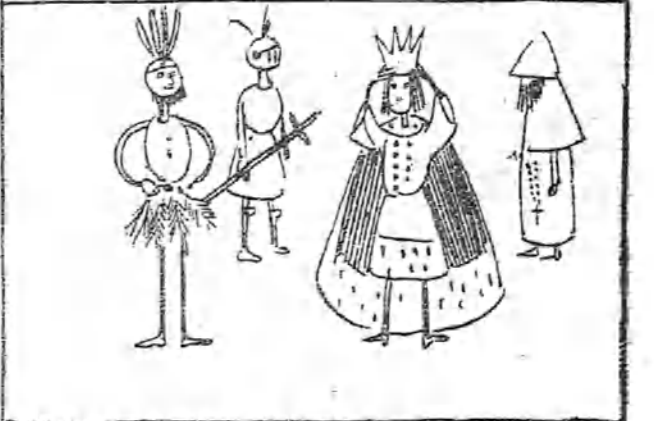
Y crézalo, ó no lo crean,
decían palabras feas.



En una misa cantada
no permitieron la entrada.



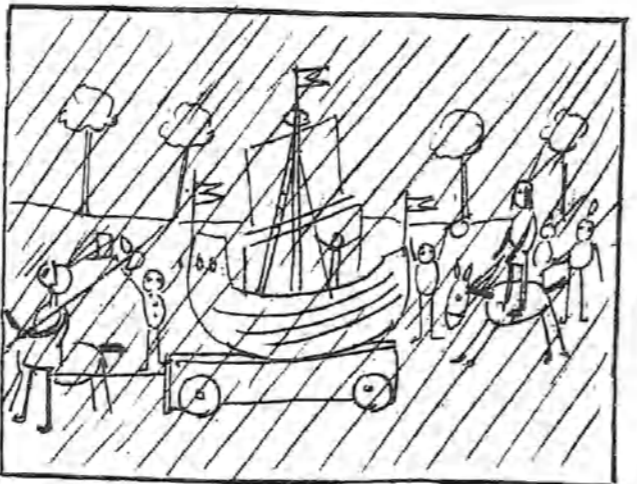
Todo se volvían congresos
en que hablaban unos hombres muy tiesos.



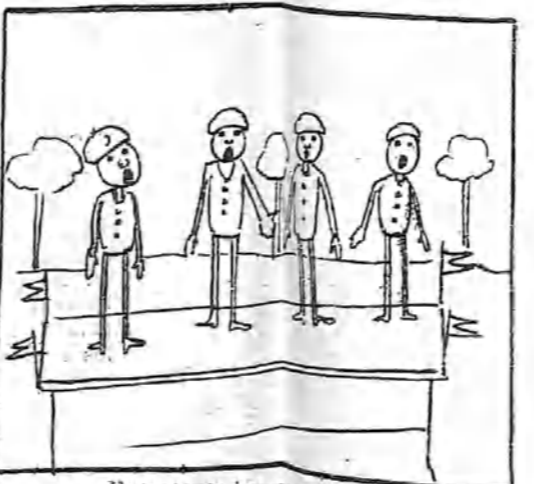
Hace un año que se trata
de fornar la cabalgata.



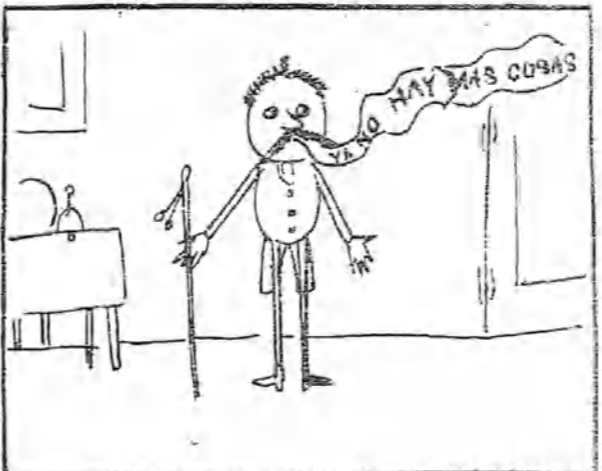
Y con tanto ir y venir
nunca acaba de salir.



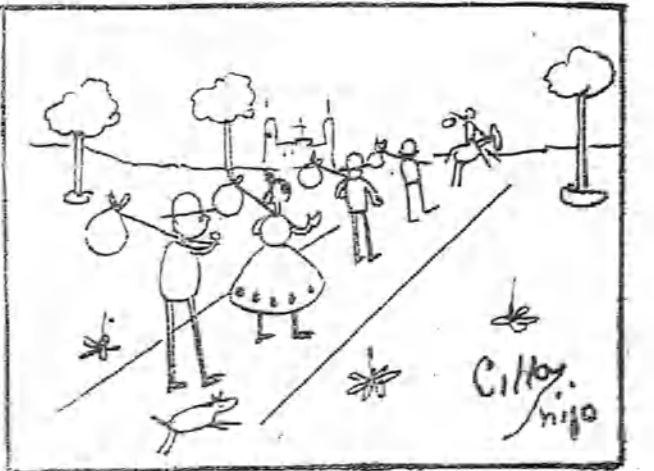
Para mayor alegría,
falta que llueva aquel día.



Entretanto hay que
que alegran los corazones.



Al fin, el que lo ha inventado
nos dirá que se ha acabado.



Y el público divertido
se irá por donde ha venido.

Cillo,
nijo

—¿Qué valdrá eso?
—Seis á siete reales.
—Pues al café.

Recogieron el fruto de su trabajo, dividiéronse en los sacos el peso, y atravesando barrios enteros, después de matar el gusano en una taberna, fueron á salir por rondas y afueras más allá del Cristo de las Injurias.

El término de su viaje fué una explanada de estercoleros, rodeada de desmontes, donde se alzaban varias barracas hechas de tablas, puertas de restos de derribos, mostradores viejos, esteras, persianas, grandes trozos de hule, muestras de tienda y toldos de carro; todo ello recubierto, guarnecido y como blindado con latas de petróleo deshechas y claveteadas, que la lluvia y el óxido habían jaspeado de manchas rojizas, semejantes á una erupción de sangre seca.

Entre las barracas corría un arroyo de aguas sucias que desbordaban al chocar con un perro muerto é hinchado, y en distintos sitios se veían grandes montones de trapo, ferretería de desecho, rejas desbaratadas, llantas de carros, pilas de ventanas sin vidrios y huesos de animales.

La más asquerosa de aquellas viviendas era la del *Guarro* y la *Mona*.

Para entrar tuvieron que agacharse. En lo interior había muchas estampitas de cajas de fósforos pegadas con pan maseado á un biombo que hacía de pared, un hornillo de barro puesto sobre una banqueta de pino que conservaba restos de damasco amarillo, y un cofre sin tapa lleno de suelas de calzado que despedía un hedor insufrible.

Había también un descomunal montón de paño, alfombras viejas, orlillos de lana y pieles de conejos. Aquella era la cama de matrimonio y en ella se tumbó el *Guarro*, echando las piernas á lo alto como quien se regodea con el descanso bien ganado.

La *Mona* se le quedó mirando embobada, llenos los ojos de pasión, como una bestia enamorada. Cuanto más le miraba, entre brutalmente apasionada y sinceramente pudorosa, más fea se ponía; pero á él debió de parecerle hermosa y codiciable, como á Salomón la Reina de Saba, porque con voz melosa le dijo:

—¡Palomita!

La *Mona* quiso tenderse á sus pies sobre el montón de trapos para velarle el sueño destripando colillas y haciéndole pitillos, pero él volvió á llamarla como un animal á su hembra:

—¡Paloma mía!

En la chimenea de la casa lujosa sólo quedaban cenizas; la llama de la lámpara palideció ofuscada por la luz del día, que comenzó á jugar con las cosas, arrancando reflejos al oro de los marcos, á los cristales de los espejos, á los nácares de los mueblecillos maquetados y á los flecos de seda.

El caballero joven que había pasado la noche haciendo números, sumas y restas dejó caer la cabeza sobre el pecho, agobiado de cansancio y de pena. Luego, levantándose, fué hacia la cama donde dormía la mujer hermosa. Ella, al oírle acercarse, despertó, tendiéndole los brazos. Su admirable cuerpo se modeló como una estatua viva bajo la colcha de seda; mientras él, conservando en la mano el lápiz y el papel, dijo con profunda amargura, sin sentirse atraído por el cariño y la belleza:

—Estamos perdidos: ¡hay que quitar el coche!

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

LOS CARAMELOS

El tino de Nicanor amaba mucho á Pilar, que era la niña mayor del alcalde del lugar.

Por las noches se citaban (sin verse durante el día) y en el zaguán conversaban mientras el padre dormía.

Temiendo Pilar que al fin los descubriese Julián, su hermanito chiquitín, que dormía en el zaguán, prefirió que no ignorase el niño aquellos desvelos, y le obligó á que callase comprándole caramelos.

Comía el niño y callaba, y el padre, con estas cosas, maldito si se enteraba de las citas amorosas.

Todo fué del mejor modo hasta el día desdichado en que el chico tuvo todo su vientre acaramelado, pues mientras con su cariño los novios eran felices, mortificaban al niño con su picor las lombrices.

Silencioso está el lugar, los novios hablan de amor y rompe el niño á llorar por la fuerza del picor.

Sin que lo note su hermana, se asusta el gató, y sin tino salta por una ventana que da al corral de un vecino.

Cobarde á la vez que fiero, temiendo duras tollinas, se esconde en el gallinero

y despierta á las gallinas.

Estas llaman con su espanto de un podenco la atención, y ladra el podenco tanto que aturde la población.

Despierta el amo del can y agarra con precauciones la escopeta, por si están acechándole ladrones;

mas, por descuido quizás, al asomarse á la reja, se le escapa el tiro, y ¡zas! le parte en dos una oreja.

Mientras pasan tales hechos, Pilar y se Nicanor, tranquilos y satisfechos, se juran eterno amor.

Pide socorro el herido, y su criado Gaspar corre en busca de Garrido, el médico del lugar.

Garrido no se levanta, porque está la noche fresca, y Gaspar, que no se espanta por nada, mueve tal gresca,

que convierte en hospital la casa en un dos por tres, sacando al doctor rural de la cama á puntapiés.

Este se defiende en balde y, viéndose escarameado, corre á casa del alcalde á contarle lo ocurrido,

encontrando en el zaguán á Pilar y á Nicanor, que se besan con afán y sin pizca de pudor.

El alcalde se levanta, se apurcibe de la escena, le da al novio que somanta pero buena, buena, buena,

y en tanto el doctor su cuita refiere á la autoridad y de linajos Pilarcita pide á la Virgen piedad,

grita el novio en su alicción tirándose de los pelos: —Maldito sea el ladrón que inventó los caramelos!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

MEMORIAS DE UN MUERTO

¿Qué es hoy? Ah, sí! Ya me acuerdo. Anoche, constantemente, y entre el rumor de la lluvia que azotaba los cipreses sonó la triste campana que invita á que me acuerden con su tañir lastimero, seco, monótono y breve. No hace un año todavía, robusto, joven y fuerte, ni me acordaba siquiera de la tierra que me envuelve, y derrochaba mi vida tranquilo, feliz y alegre, la áurea copa de los gozos apurando hasta las heces. ¡Amé tanto! Fué mi lema querer mucho, ¡querer siempre! y repartir las caricias del alma entre las mujeres. La vida perdí por ellas y no maldigo mi suerte; ¡mil veces la perdería si me la dieran mil veces! La dicha bebí en sus labios y hallé en sus brazos deleite tan intenso, tan profundo que aún me agita y me conmueve, y ni el frío de la tumba borrar sus vestigios puede.

Seguro estoy de que anoche, mientras el viento imprudente silbaba entre las rendijas de los nichos, al meterse, allá, en los buchos de plumas donde mis amadas dormían, las despertó mi recuerdo besándolas en las frentes y humedeciendo sus ojos azules, negro-á-verdes. Hoy vendrán. Yo las espero, juraron solemnemente no olvidarme en las eternas soledades de la muerte y cubrir mi sepultura de rosas y de claveles... ¡Flores alegres, hermosas, como fué mi amor perenne! Y han de cumplirlo; por ellas dejé amigos y parientes, y ni hogar ni lazos tuve que ante ellas me detuviesen...

II

Todo se acabó. Allá arriba cesó el rumor de las gentes, y sólo se oye la lluvia que cae sobre los cipreses. Todas me engañaron, ¡todas! Miento, que ha venido á verme mi madre... ¡Bendita sea entre todas las mujeres!

SINESIO DELGADO.

LA HISTORIA DEL CANARIO

—Estaba entretenida tal escena; me agradaba aquel cuadro. ¿Quieres que lo detalle?

—Sí.

—Pues oye,

porque va á comenzarse mi relato. El novio la quería dar un beso, la novia resistiase á aceptarlo; él la asediaba con tenaz manía, ella le hablaba con notorio enfado. Un canario que había en una jaula, sin apreciar el caso, saltaba alegremente, su agilidad y gozo demostrando; salían melancólicas y tristes las notas de su canto, y á poco de saltar alegremente cesaba en su alegría y en sus saltos; osados é indiscretos confundían los trinos melancólicos del pájaro las palabras de enojo de la joven y los ruegos del pobre enamorado. Un momento pasó de esta manera, que al joven pareció bastante largo, y viendo su impotencia en su disputa, quedóse pensativo y cabizbajo:

ya un tono imperceptible de tristes
habíase extendido por el cuarto,
que hasta hizo cesasen
los trinos melancólicos del pájaro.
La escena cambiöse de repente,
mas fue tan grande el cambio,
que el pobre pajarillo ya tenía
el pico bajo el ala acarrucado.
—Deseo que decida la contienda
el cántico armonioso del canario—
le dijo él á su amada; —
si canta ahora otra vez, es que yo gano.
La joven se reía
de la extraña propuesta de su amado;
mas al mirar al pobre pajarillo
notó que estaba malo,
y advirtiendo que ya no cantarí,
que sí—le dijo—y terminöse el caso.
Al joven alegrósele la vista;
silbó de modo extraño
imitando con todos sus detalles
las notas del canario;
reanimóse al momento el pajarillo,
miró hacia todos lados
y, olvidando sin duda su dolencia,
rompió por fin en armonioso canto.
Cuando llegó á este punto de la historia
el joven que la estaba relatando,
se encontró interrumpido de repente
por la dama que hallábase á su lado,
—Quiera una cosa—dijo.
—¿Qué deseas?
—Deseo que me compres un canario.
—¿Para qué?
—Por tenerlo; es un capricho.
—Atenderé tu encargo.
—¿Lo querrás que no cante,
por miedo á que acontezca lo del pájaro?
—Como quieras, mas ése no es mi gusto.
—¿Que cante?
—Sí, hombre, sí... que cante algo..

FRANCISCO DE LA ESCALERA.



Caracterizados conservadores, al decir de *La Correspondencia*, aseguran, entre otras cosas muy peregrinas, que sin la poderosa iniciativa y el constante trabajo personal del Sr. Cánovas, hubiéramos quedado en ridículo con motivo de las fiestas del Centenario.

¡Ah! pero ¿resulta que no hemos quedado en ridículo?
Pues... ¡Dios les conserve á ustedes la vista!

Este *Armodeo* ni se corrige ni se enmienda.
Sigue escribiendo como en sus mocedades.
Véase una muestra:

«Los salones no dan muchas señales de vida, y uno que era centro ya del gran mundo—el de la marquesa de Squilache—ha vuelto á cerrarse por un motivo triste: la muerte de una persona de su familia.»

¿De la familia de quién?

¡Ah, sí! del salón.

¡Bienaventurados los salones que canta *Armodeo*, porque ellos se dedican á la reproducción de la especie!

Un armatoste hecho astillas
y algunos faroles rotos
es lo que al cabo nos queda
del motín décimonono.
Y dirá el buen exalcalde:
—¡Allí me lo rompan todo!
Yo habré tenido la culpa,
¡pero lo pagáis vosotros!

Copio de *El Liberal*:

«La comisión de Hacienda del Ayuntamiento había calculado en un millón de pesetas el aumento que tendría la renta de consumos, como resul-

taido de la concurrencia de forasteros con motivo de las fiestas del Centenario.

Y en efecto. Desde el 12 al 31 de Octubre la renta de consumos, comparada con iguales días del año anterior, ofrece una baja de 160.000 pesetas.»

Y no haga comentarios. ¿Para qué? Me los dan hechos las ciento sesenta mil pesetas.

Sólo una cosa he de pedir al nuevo alcalde, además de eso de que no siga la baja en consumos.
Que quiten de allí la Cibeles.
Está estorbando mucho.

Hallé en la primavera de mi vida
que era dulce la fruta prohibida;
mas el diablo las carga...
y á veces me ha sabido muy amarga!

CARLOS MIRANDA.

Libros:

Comunicación y programa del Congreso literario hispano-americano.

Senja, colección de lindísimos cantares de D. V. Calvo-Acacio. Precio, una peseta.

El album, juguete cómico en un acto, en prosa, original de nuestros compañeros D. Joaquín Adán Berned y D. Federico Minguéz, y estrenado recientemente con gran éxito en el Teatro Martín.

Flam de la Exposición histórico-americana.

Pólvora recreativa, pláticas políticas, primer folleto, interesante, ameno y curioso, del notable publicista D. J. Valero de Tornos. Precio, una peseta.

Catálogo de los objetos que en la Exposición histórico-europea presenta la Junta provincial de Palencia.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. J. M.—Colmenar.—No hay de qué darlas.

Zote.—¡Dios mío! ¡Qué letra más hermosa! ¡Ya quisiera el cartel del Centenario valer la mitad que esa cartita!

Un principiante.—No está mal versificado eso, no señor; lo que hay es que, por mucho que se corte y se raje, siempre serán demasiados versos para la pequeñez del asunto.

Perico.—«Si Colón descubrió un mundo,
tú descubriste aún más.»

Lo que hay es que no se puede decir *descubriste*. Porque está mal dicho. ¿Manda la firma?—No, porque después de escribir *hullendo*, ya no se debe mandar nada.

Pélica.—Vamos á ver lo que le dice usted al cólera:

«Hablar sobre enfermedad
es cosa de suyo ardua...
beber un vaso de agua
si no no podre empezar.»

¡Demonio! Ya no debe usted tener miedo al *bacillus virgula*. Porque con leerle esos cuatro versos queda despachado. No vuelve á respirar en un par de siglos.

El suscriptor.—No crea usted que tendrá aceptación la idea. Porque lloverán los monigotes malos y no adelantaremos nada. ¡Bonito es el público para venirle con andróminas! Las dos palabras que indica son consonantes... imperfectos.

Madrid Cómica.—Siento no poder aprovechar nada.

Pipita Pígorro.—Es que pienso reunir todas las aprovechables y publicarlas bajo un mismo título. Tenga usted un poquito de paciencia. ¡Tenemos tanto!

Tres musas.—Sí, tres eran tres, y ninguna era buena.

Retruécano. Poquita cosa.

Sr. O. R. P.—Castellón.—Le han engañado los que le han dicho que el soneto está escrito con bastante soltura, porque no tiene las sílabas necesarias, ni es soneto, ni lo será en toda su vida.

Escamado.—Acuso recibo y advierto á usted, de paso, que el verbo hablar se escribe con *hache*. Ya sabe usted una cosa más.

Sr. D. J. L. A.—Que me perdone Dios,
no puedo aprovechar
ninguna de las dos.

Sr. D. F. G.—Cádiz.—¡Qué malo es todo! Ya, ya se nota la falta de estudios.

Diabolina.—No, nada de política. ¡Qué nos importan Cánovas y Sagasta?

Sr. D. S. T.—Cádiz.—No me ha entendido usted. Lo que se desprende del texto es que las moralejas que se escriben en endecasílabos deben tener once sílabas en cada verso. Más claro. Que algunos versos de los que usted mandaba como endecasílabos no lo eran.

Uno con vocación de padre.—Si es broma, tiene gracia; si no es broma... debe usted cantar misa inmediatamente.

Sr. D. R. B.—Salamanca.—¡Ay, no! ¡Basta de polémicas en el periódico!

K. chirulú.—¡Por la nao Santa María!

¡Eso es una porquería!

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36

ANUNCIOS



¿Decís que parecéis?
Pues ¿por qué no venís
y á escape os curaréis?
Dentista de París!
Infantas, 4 y 6.



Hizo á Torregrosa Dios
más feliz que á otro cualquiera,
pues le ha concedido dos
pantalones de *Pesquera!*
Maydalena, 20.



Marquesa, está usted di-
vina.
No se le puede negar.
¿Qué cabellera más fina!
—Es que uso el «Agua de qui-
na»
que fabrica *Palomar.*
Fuencarral, 24, *Perfumería*
y *Droguería.*



—Aunque el traje está he-
cho un asco
yo voy como un caballero,
nada más por el sombrero,
que es de *García Carrasco.*
Carretas, 26.



Yo nací sietemesino
y he conseguido crecer
á fuerza de *coñac fino*
de *Moguer!*
Sobrinos de Guinea.
Carretas, 27.



¡Aunque vayáis al cielo,
no comeréis,
como en *Las Tullerías*
Matute, 6!



—¿Está D. Tirso Pérez?
—Sí, señor.
—Vengo á aprovechar la oca-
sion de mi centenario para que
me limpie la dentadura.
Mayor, 73.



Me marchó á mi pueblo,
me marchó tranquilo
con doce camisas
con vistas de hilo.
Martinez.—San Sebastián, 2.



FÁBULAS Y CUENTOS
por *José Estremena*
Precio: 2 pesetas.

MIGAJAS
por *J. López Sola*
Precio: 2 pesetas.

POLVORA SOLA
por *Sinestro Delgado,*
dibujos de *Cilla*
Precio: 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA
Album de cincuenta cartulinas,
encuadrado en tela.
Precio: 25 pesetas.

TITERIMUNDI
por *Luis Taboada,* dibujos de *Cilla*
Precio: 3,50 pesetas.

Biblioteca del MADRID CÓMICO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES



Colón no enseñó á los indios más que
cuentas de vidrio y adoraron en segui-
da. ¿Qué hubiera sucedido si les llega á
enseñar una cama del *Bazar de la plaza*
de la *Cebada,* núm. 1?



¡No hay aguardiente
más económico
que el anisado
del *MADRID CÓMICO!*
Vicente Libez.—Zaragoza.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusion de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 3, primera derecha.
Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DIAS DE DIEZ A CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID